





# *El paquete*

SEBASTIÁN VELÁSQUEZ



LETRA X LETRA

Velásquez, Sebastián

El paquete / Sebastián Velásquez -- Medellín: Editorial EAFIT, 2018

128 p.; 24 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-499-5

1. Novela colombiana. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

V434

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## El paquete

Primera edición: mayo de 2018

© Sebastián Velásquez

© Editorial EAFIT

Carrera 49 # 7 Sur - 50, Medellín. Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-499-5

Editor: Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo

Imágenes de carátula y guardas: *Retrato de Vivian Forbes*, por Glyn Warren Philpot: Pintor y escultor británico, 1884-1937.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

*Para mi nueva familia,  
y la vieja*



*¿Qué hace un pato en el agua?  
Nada*



PRIMERO



**LA VIDA, ESA BENDITA COSA, NO PARABA DE ENREDARSE.** O así entendí la llamada de mi Padrino esa mañana. Yo todavía estaba borracho, más borracho que un hijueputa, y la música me seguía bailando en la mente. Tenía el cuerpo molido, la garganta reseca, la voz afónica y me dolía la cabeza. Con gusto me hubiera echado de vuelta en la cama, pero no podía. Me llamaba de urgencia para hacer un trabajo rápido. Un paquete, dijo, y que fuera directo para el Consultorio, que allá me esperaba el Flaco Rovira. Pero a mí nunca me gustó ese Rovira y desde ese momento pude anticipar los problemas.

Que sí, insistió mi Padrino, como leyéndome el pensamiento, con el Flaco Rovira y de afán, que se van de viaje para la costa. Entonces agarré el morral y le metí ropa de tierra caliente, pantalonetas, chanclas y las gafas de sol de un vecino.

Todo sonaba raro pero no estaba en condición de rechistar; ni el guayabo ni mi relación con él daban para eso. Era sabido que era rencoroso y que no daba segundas oportunidades, aunque conmigo era diferente. Conoció a mi papá, me dio la mano desde jovencito y siempre le probé. Pero ya me había advertido que tenía su límite, que no me las iba a seguir pasando.

Rovira llevaba años vinculado y era conocido como uno de los mejores hombres. Sospeché que algo fallaba y mi Padrino me mandaba a echarle un ojo, a ponerle atención a sus movimientos de zorro viejo. Había llegado la hora de desenmascararlo, me dije, una responsabilidad extraña que me daba la posibilidad de confirmarle la confianza y de ascender. El problema era que yo no paraba de sentirme mal. La cabeza me quería estallar y la verdad, hubiera preferido quedarme durmiendo.

La música de la cantina me seguía bailando en la cabeza, acompasada como las carnes de la Graciela. De la niña nueva no recordaba el nombre, pero sus ojos y su voz estaban fijos en mi mente, y todavía sentía su olor.

Mientras me daba una ducha de agua helada me descubrí un par de moretones en los brazos y un chupado en el cuello, y la fiesta revivió. El cuerpo me bailaba solo, tiritaba y se dejaba llevar por el movimiento memorizado del chucu chucu. *Cómo me compongo yo en el día de hoy, cómo me compongo yo en el de mañana, cómo me compongo yo si vivo triste, cómo me compongo yo me duele el alma*, me repetía en la cabeza. Y eso que no me gustaba tanto esa música, la verdad, que lo mío era la balada.

El día estaba bonito, había que decirlo, aunque el aire se manchaba rápido. Era un humo negro que se podía ver, subiendo, espeso como traía yo la cabeza. Y al fondo, al otro extremo, la montaña sin verde ya, comida por tanta gente.

En el bus, lleno hasta reventar de trabajadores y de estudiantes, para comenzar a remarcar el día, me tocó viajar pegado de la puerta durante cuerdas, con un pie afuera y otro adentro. Colgaba de la puerta como colgaba de la vida, sintiendo el viento directo en la cara, a punto de caer.

Montado en el Circular, adentro, estrujando y agarrando mujeres de pie, apeñuscados como cigarrillos y esa música del conductor a todo taco, la fiesta regresó. *Yo quiero pegar un grito y no me dejan, yo quiero pegar un grito vagabundo, yo quiero decirte adiós, adiós mi vida, yo quiero decirte adiós desde este mundo.*

**OTRO. YO. ANTES. PODÍA. YO PODÍA. YO ERA EDUARDO.** Eduardo Rovira. El Flaco Rovira. Me repetía esa mañana. Antes que todo ocurriera. Frente al espejo. Siempre hubo días. De días. Y más a mi edad. Yo era Rovira. Mientras me afeitaba. Turbado por lo pasado. Antes de todo.

La noche anterior regresaba. A mi cabeza. A mis huesos. No podía borrarla. Seguía aturdido. Los gritos. Los golpes. El llanto. No paraba de recordar. Orlando llegó haciendo escándalo. Mi hijo. El menor. Estaba borracho. De nuevo. Como tantas noches. Mi paciencia colapsó. Lo recibí a gritos. Lo eché de la casa. Firme. Inflexible. Esta vez iba en serio. Él protestó. Demasiado tarde. No había más oportunidades. Empaque su ropa sinvergüenza. Grité. Se puso altanero. Nos fuimos a las manos. Soberbio. Lo golpeé. Directo. Como nos daba mi papá. Con eso aprendería. Pero su mamá intervino. Peor. No paraba de llorar. La aparté. Calló al suelo. Se lastimó. Luego lo eché a la calle. Decidido. Lo demás fueron gritos. Y llanto.

Yo era Rovira. Me decía. Frente al espejo. Certero. Cuando sonó el teléfono. Era el Jefe. Muy temprano. No sonaba bien. Estaba desencajado. Que me fuera rápido para el Consultorio. Dijo. Que llevara ropa de tierra caliente. Continuó. Que me iba de viaje con el Pitirri. Finalizó. Me estremecí con molestia. Ese pelafustán.

Sí, con el Pitirri. Gritó el Jefe. Y de afán. Remató. Había un paquete para la costa. Todo era extraño. Detestaba los trabajos en compañía. La noche anterior se sumaba. No podía salir bien. Pero fueron las órdenes. No se objetaba. No.

La rutina era simple. Lo aprendí en el ejército. Yo madrugaba. Me aseaba. Le ayudaba a mi mujer. Ordenaba. Desayunábamos juntos. Conversábamos. El clima. Cosas que faltaban. Chismes del barrio. Ella salía para su trabajo. Yo aguardaba. Abría el periódico. Tomaba café.

Fumaba tabaco negro. Luego iba al Consultorio. Así fue durante años. Hasta ese día.

Todo parecía normal. Una mañana más. Pero no. Imposible. El eco se entrometía. La noche anterior acechaba. Me levanté temprano. Disciplinado. Puntual. Mi señora me ignoró. Primera vez en años. Estaba resentida. Herida. Lo podía oler. Ya se le pasará. Pensé. Entré al baño. Me bañé. Me afeité. Me di fuerzas. El teléfono comenzó a repicar. Incesante. Al salir a contestar no la vi. Se fue sin despedirse. Antes. Sin darme la bendición. No supo del viaje repentino. Ni del paquete. Ni de nada.

Me tiré en mi sillón. Suspiré. Nada pasaba en un día. Pensaba. Con tedio. Llevaba meses diciéndolo. Nada pasaba. Ni leyendo la prensa. Eran ficciones. Puro mercado. Pensaba desde hacía meses. En mi sillón. O rumbo al trabajo. Arrugado. Incierto. Incapaz de anticiparme. ¿Pero qué podía hacer? Leía el periódico. Bebía café. Y fumaba tabaco. Sin ansiedad. Sin sorpresa. Era la costumbre. Pero yo ansiaba. Seguía. Ansiaba un cambio. Incapaz de anticiparme. Una gran noticia. Un maremoto. Un planeta diezmado. Nada. Nada acontecía. Pensaba. Iluso. Incapaz.

Hubiera preferido quedarme. Esperar a mi señora. Calmarla. Pero ¿cómo oponerme? El Jefe llamó temprano. Interrumpió mi afeitada. Mi café. Mi lectura del periódico. Mi cigarrillo. Me ordenó salir rápido. Prepararme para la costa. Imposible protestar. ¿Con el Pitirri? Me repetí. Incrédulo. Ese era un pusilánime. El consentido del Jefe. Decían que su hijo irreconocido. Por eso seguía. Decían. Era una deuda. Yo no sabía nada. No era de habladorías. Pero había algo claro. La misión era importante. Algo de reserva. Él era la familia. La confianza. La sangre. Yo era el vigilante. El ojo. La garantía del éxito.

Dejé el sillón. Caminé al armario. Saqué la valija. Vieja. Rasgada. Llevaba años sin utilizarla. Mucho tiempo sin viajar. Eché tres mudas. Planchadas. Un pantalón de lino sentaría bien. Herencia de mi padre. Igual la guayabera caqui.

Mi señora se fue. No se despidió. No me deseó suerte. Primera vez que algo así ocurría. Nada supo de mi viaje. Pensé. Un poco angustiado. Aquello traía un sentido oculto. Un símbolo. Anunciaba un no sé qué. ¿Una premonición?

Entonces lo leí clarito. Mientras fumaba. Aterrado. Se acercan tiempos de integración y de cambio, querido Aries. Puede resultar un viaje inesperado de negocios, como también puede ser inesperada la muerte de un ser querido. Podrías ser tú. Velas amarillas.